

## La India de Anita Delgado

# Cautivada por otro mundo

El Mundo.es

**Anita Delgado bailaba en un café cuando el maharajá se enamoró perdidamente de ella. Empezó entonces una aventura que llevó a la joven andaluza a trasladarse al Punjab en 1907. Autor Javier Moro**

Pero si parece Francia!», se exclamó la joven Anita Delgado cuando vislumbró por primera vez, desde la ventanilla del tren, el paisaje de Punjab, que iba a ser su patria durante los próximos 18 años. La muchacha acababa de llegar de Europa después de un viaje de casi cuatro semanas en barco. Venía a casarse con el maharajá de Kapurtala, que la había conocido año y medio antes en Madrid. El maharajá se había enamorado locamente de aquella andaluza de 17 años que bailaba en un café concierto, y acabó conquistándola, a pesar de la resistencia numantina que ella libró. El primer contacto de Anita Delgado con la India fue Bombay, donde desembarcó en noviembre de 1907. Un tren la estaba esperando para llevarla a Kapurtala. Viajó en el vagón del maharajá, que era de un lujo increíble. Las paredes eran de caoba, las lámparas de bronce, la vajilla inglesa y el conjunto estaba tapizado en terciopelo azul y plata. No faltaban botellas de agua de Évian para saciar la sed. Hoy, sigue siendo posible viajar en esos trenes, que además cuentan con vagones-spa y otros adelantos tecnológicos. El Palace on Wheels realiza un circuito por Rajastán y el Deccan Odyssey por el sur de la India. Después de dos días de viaje, Anita despierta en el Punjab, una de las regiones más bellas y fértiles de la India. Es un paisaje que ha cambiado poco desde entonces: campos dorados de trigo y cebada, prados floridos cercados de álamos, un mar ondulante de maíz, de mijo y de caña de azúcar, atravesado por ríos de aguas plateadas y poblado por campesinos enturbantados que empujan afanosamente sus arados tirados por bueyes descarnados.

El tren circula paralelamente a la antigua carretera que Kipling immortalizó en su novela Kim. The Grand Trunk Road (se podría traducir como la Gran Vía) es la arteria vital de la India, una carretera que viene del norte, termina en Calcuta y que ha sido la vía de entrada de todos los invasores que han ido conquistando el subcontinente, como los mogoles. Fue precisamente un emperador mogol, Shah Jehan, quien convirtió la parte de la carretera que une Agra con Delhi, y luego con Lahore, en el norte en una avenida bellísima bordeada de árboles a lo largo de 600 kilómetros. «Había tanto tráfico que se formaban largas caravanas de carros de bueyes repletos de frutas y verduras», escribió Anita Delgado en su diario. Hoy sigue habiendo mucho tráfico, pero de vehículos motorizados. Dentro de poco, esta vieja carretera será transformada en una moderna autopista de cuatro carriles. El proyecto ya ha sido aprobado por el Parlamento. El emperador Shah Jehan tenía pasión por la arquitectura, quizá porque la prematura muerte de su mujer Mumtaz Mahal le hizo vislumbrar la futilidad de la vida. Para honrar su memoria, levantó un mausoleo que se ha convertido en símbolo universal del amor de un hombre hacia una mujer, el Taj Mahal de Agra. Luego, en sus ansias por conquistar la eternidad, sembró las ciudades de Agra, Delhi y Lahore de magníficos palacios que han resistido las tormentas de la historia. El tren que transportaba a Anita se detuvo en Jalandar, un acantonamiento británico donde le esperaba el maharajá. Hicieron el corto recorrido hasta Kapurtala en un Rolls&Royce Silver Ghost. La descripción de la princesa española valdría para el lector de hoy: «Las aldeas, idénticas las unas a las otras, parecen de cuento. A la entrada siempre hay un aguazal donde las mujeres lavan la ropa y los hombres los animales de tiro. Las casas son de barro con patinillos donde hormigean al sol perros, cabras, búfalos y vacas. Las mujeres aplastan el estiércol y la paja y los amasan en forma de tarta que dejan secar sobre los muros de las casas de

adobe. Las aldeas huelen al humo de esas tartas que, una vez secas, sirven de combustible en los hogares». Al fondo aparece una aglomeración de casas, la ciudad de Kapurtala. INTACTA. La ciudad donde vivió Anita Delgado está intacta, pero hoy es difícilmente reconocible porque la población se ha multiplicado por cien y sus edificios y monumentos no se han rehabilitado ni cuidado. Son edificios que muestran el cosmopolitismo del maharajá: una mezquita inspirada en la de Fez, un templo griego (el antiguo cine), uno hindú, una gurdwara sij y, sobre todo, el palacio, copia de las Tullerías de París que bautizó pomposamente con el nombre de l'Élysée. Con su tejado abuhardillado y cubierto de pizarra, su porche sostenido por parejas de columnas y sus ciento ocho habitaciones, el palacio es descomunal para el tamaño de la ciudad. Sólo tiene proporción con la vanidad del maharajá. Hoy en día, es una academia militar y que, previo permiso, se puede visitar. Hay que hacer acopio de mucha imaginación para transportarse a la época de Anita Delgado, cuando una doble hilera de elefantes se extendía hasta el porche de la entrada, en perfecto orden de formación, para darle la bienvenida a ella y a su marido. En aquella época, 500 jardineros mantenían el jardín, plantado de cipreses y de macizos llenos de flores. El interior, en el que trabajaron 600 obreros durante nueve años, sigue conservando salones con techos finamente esculpidos, donde objetos y muebles se amontonan: enormes porcelanas de Sèvres, copias de tapices gobelinos y alfombras de Aubusson. De vez en cuando surge entre el polvo y la decrepitud una imagen o un detalle que resucita fugazmente a la española: un diario escrito con su puño y letra dentro de una vitrina, un cartel de una corrida de 1920, un mantón de Manila, un cuadro de su hijastro que fue el gran amor de su vida...

El brillo del parqué, con maderas de distintos colores, se ha apagado. Anita decía que brillaba tanto de lo pulido que estaba, que los sirvientes se miraban en él para ajustar sus turbantes. La capital del Punjab, en aquel entonces, era la ciudad de Lahore, a tres horas de coche. Anita iba una vez a la semana, de compras o simplemente para huir del ambiente pueblerino de Kapurtala.



Lahore era la capital del Punjab y hasta ella se desplazaba Anita Delgado una vez por semana. Hoy es la segunda ciudad de Paquistán. *Reportaje gráfico: Ángel López Soto*

Hoy es la segunda ciudad de Paquistán y —dato interesante para el viajero— desde hace unos meses y a causa del deshielo entre ambos países vecinos, se puede cruzar la frontera y visitarla. Por la belleza de sus monumentos y la elegancia de sus palacios, por los tesoros que contiene y por su ambiente abierto y animado, Lahore era conocida como el París de Oriente. Los emperadores mogoles la engalanaron con obras maestras como la mezquita de Aurangzeb, la mayor de Asia, cuyas porcelanas brillan como talismanes bajo el polvo de los siglos; o el cenotafio de Jehangir, adornado con los noventa y nueve nombres de Alá; o los 12 kilómetros de murallas de piedra rosa del fuerte de Akbar con sus terrazas llenas de mosaicos. Lahore ha perdido el carácter cosmopolita porque el Islam lo ha invadido todo. El canto del muecín se oye por toda la ciudad vieja, que conserva el sabor de Las mil y una noches. La descripción de un fraile agustino llamado Sebastián Manrique, de Oporto, que visitó la ciudad en 1641, valdría hoy: «Era difícil caminar por las calles porque estaban llenas de una masa de gente que transitaba en cualquier modo de locomoción, algunos a pie, otros sobre caballos, elefantes y camellos junto a numerosos vehículos, de manera que chocaban con

frecuencia, el mayor abriéndose camino a expensas del pequeño. Lo que más me sorprendió fue la paz y la seguridad que estos bárbaros han conseguido en la ciudad». Manrique tuvo el privilegio de asistir a una cena en honor del emperador Shah Jehan.

No como invitado, sino escondido en el segundo piso del palacio. El relato de aquella experiencia aporta curiosos datos sobre la personalidad del emperador. Me limito a contar el final, cuando desde su escondite, el fraile escucha como Shah Jehan pregunta quién ha elaborado esos postres que le parecen excelentes. Cuando le contestan que han sido unos esclavos portugueses, el emperador levanta la voz, como si hubiera adivinado la presencia de Manrique en las alturas de la sala y dice: «En realidad, esos portugueses serían gente estupenda si no tuvieran tres características malas: primero, son unos infieles, no tienen religión; segundo, comen cerdo; y tercero, no se lavan esas partes de sus cuerpos por donde la naturaleza expele los fluidos de sus vientres corpóreos». Si Lahore era la capital comercial y política del Punjab, Amritsar era su capital religiosa. Hoy es la capital del Punjab indio. Situada a sesenta kilómetros de Kapurtala, Anita Delgado la visitó la primera vez para bautizar a su hijo. Hoy, como ayer, el viajero se queda atónito ante el espectáculo del Templo de Oro, monumento que resplandece con los rayos de sol y cuya imagen se refleja en el agua del estanque sagrado.

Construido en medio de las aguas brillantes de un amplio estanque ritual, salvado por un puente, el Templo de Oro es un edificio de mármol blanco centelleante de adornos de cobre, plata y oro. La cúpula, enteramente recubierta de panes de oro, cobija el ejemplar manuscrito original del libro santo de los sijs, el Granth Sahib. Sus páginas envueltas en seda son cubiertas todas las mañanas con flores frescas y oreadas día y noche con un abanico de cola de yak. Alrededor del estanque circulan fieles siempre en la dirección de las agujas del reloj, los pies descalzos sobre el mármol, la cabeza cubierta de turbantes de colores, las luengas barbas y los florecientes bigotes, acompañados a veces de sus mujeres y de sus hijos que llevan el pelo recogido en un moño. El ambiente de serenidad y la calma imperturbable son sobrecogedores. La limpieza, también. «Aquí podría comer un huevo frito en el suelo», comentaba Anita. Es un lugar santo donde no parecen existir las clases, ni las castas ni las diferencias entre los hombres, como si siguiese vivo el sueño del fundador del sijismo, un hindú llamado Nanak, que dijo una verdad muchas veces olvidada: «Es religioso quien considera a todos los hombres como sus iguales». Sus prédicas obtuvieron un eco cada vez más amplio en un país que sufría el abuso de las castas, y se fue rodeando de shishyas, palabra en sánscrito que significa discípulo y que derivó en la palabra sij. Nanak y sus sucesores lucharon contra el ritualismo excesivo, contra la desigualdad, contra la discriminación y el maltrato a las mujeres. Como signo de distinción y dedicación, Nanak bautizó a sus seguidores con el apellido Singh, que significa 'león', merecido homenaje a un pueblo que ha tenido que luchar heroicamente por su identidad y sus creencias a lo largo de los siglos. La primera vez que Anita vio a los sacerdotes sijs, los tildó de «barbudos con pinta de matusalén». Enseguida le inspiraron simpatía y confianza. Tenía la impresión de que mientras estos hombres que le parecían sabios de la Biblia estuviesen cerca, no podía pasarle nada ni a ella ni a su hijo recién nacido. En aquel entonces, tenía miedo porque se sabía mal quería por la familia de su esposo. Tenía miedo de morir envenenada o peor aún, de que su hijo lo fuese... Por eso lo bautizó por el rito sij, para que el dios de su marido lo protegiese de las ambiciones de los hombres. Y lo hizo en un escenario que no ha cambiado un ápice desde entonces.